

CAPÍTULO 1

Los cabroncetes estaban escondidos entre la hierba alta. La luna no acababa de estar llena, pero daba mucha luz y la tenían detrás, así que yo los podía ver perfectamente, aunque fuera noche cerrada. Las luciérnagas centelleaban sobre el fondo negro. Me esperé en la puerta de la cocina de la señora Watson y meneé con el pie un escalón que estaba suelto, sabiendo que al día siguiente me diría que lo arreglara. Estaba esperando a que me diera una bandeja de pan de maíz que había hecho con la receta de mi Sadie. Esperar ocupa una gran parte de la vida del esclavo; esperar y esperar para volver a esperar. Esperar exigencias. Esperar comida. Esperar a que se acabe el día. Esperar la justa y mecida recompensa cristiana al final de todo.

Los chavales aquéllos, Huck y Tom, me estaban vigilando. Siempre jugaban a que yo era un villano o bien su presa, pero en cualquier caso me usaban de juguete. Se dedicaban a dar brincos por ahí con los ácaros, los mosquitos y demás bicharracos, pero nunca se me acercaban. Siempre conviene darles a los blancos lo que quieren, de forma que salí al patio y grité a la oscuridad:

—¿Quién ronda por ahí a oscuras?

Se movieron con torpeza y soltaron risillas. Aquellos chavales no habrían podido pillar por sorpresa ni a un tipo sordo y ciego con una orquesta tocando de fondo. Puestos a perder el tiempo, habría preferido perderlo contando las luciérnagas que prestándoles atención a ellos.

—Supongo que me quedaré sentao aquí en el porche a vigilar, a ver si oigo otra vez ese ruido. Lo mismo hay algún demonio o alguna bruja ahí fuera. Voy a quedarme aquí, en lugar seguro. —Me senté en el escalón superior y apoyé la espalda en el poste. Estaba cansado, así que cerré los ojos.

Los chavales hablaban en voz baja, excitados; yo los oía tan claro como la campana de una iglesia.

—¿Ya se ha dormido? —preguntó Huck.

—Creo que sí. He oído que los negros se pueden dormir así —dijo Tom, chasqueando los dedos.

—Chist —dijo Huck.

—Yo digo que lo atemos —dijo Tom—. Que lo atemos al poste ése del porche en el que está apoyao.

—No —dijo Huck—. ¿Y si se despierta y arma un buen barullo? Entonces me trincarán por estar fuera y no en la cama, que es donde debería estar.

—Bueno, vale. ¿Pero sabes qué? Necesito velas. Me voy a meter en la cocina de la señorita Watson y coger unas cuantas.

—¿Y si despiertas a Jim?

—No voy a despertar a nadie. Cuando un negro duerme, no lo despiertan ni los truenos. ¿Es que no sabes ná? Ni los truenos ni los rayos ni un león rugiendo. Me han contaó que hubo uno que no se despertó ni con un terremoto.

—¿Cómo crees que será estar en un terremoto?

—Como cuando te despierta tu padre en plena noche.

Los chavales se acercaron a hurtadillas con torpeza, gateando y arrancando un montón de chirridos a los tablo-nes del porche, y entraron por la puerta holandesa de la

cocina de la señorita Watson. Los oí rebuscar dentro, abriendo puertas de armario y cajones. Mantuve los ojos cerrados y no hice caso de un mosquito que me aterrizó en el brazo.

—Aquí están —dijo Tom—. Voy a coger tres.

—No te puedes llevar las velas de una pobre vieja —dijo Huck—. Eso es robar. ¿Y si le echan las culpas a Jim?

—Mira, le voy a dejar cinco centavos. Con eso hay de sobra. No sospecharán de un esclavo. ¿De dónde iba a sacar un esclavo cinco centavos? Venga, vámonos antes de que aparezca la vieja.

Los chavales salieron al porche. No creo que se dieran cuenta de todo el ruido que estaban haciendo.

—Deberías haber dejao una nota también —dijo Huck.

—No hace falta tanto —dijo Tom—. Con cinco centavos sobra. —Noté que las miradas de los chavales se dirigían a mí. Me quedé muy quieto.

—¿Qué haces? —dijo Huck.

—Le voy a gastar una broma a Jim.

—Lo que vas a hacer es despertarlo.

—Calla.

Tom se me puso detrás y me cogió el ala del sombrero por encima de las orejas.

—Tom —protestó Huck.

—Chist. —Tom me levantó el sombrero de la cabeza—. Le voy a colgar el sombrero del clavo éste.

—¿Y qué consigues con eso?

—Pos que cuando se despierte creará que ha sido una bruja. Cómo me gustaría estar aquí para verlo.

—Vale, ya está en el clavo, vámonos —dijo Huck.

Alguien se movió dentro de la casa y los chavales echaron a correr, doblaron la esquina a pleno galope y pusieron pies en polvorosa. Oí los pasos que se alejaban.

Entonces apareció alguien en la cocina y se detuvo en la puerta.

—¿Jim? —Era la señorita Watson.

—¿Sí, señora?

—¿Estabas durmiendo?

—No, señora. Estoy muy cansao, pero no dormía.

—¿Estabas en mi cocina?

—No, señora.

—¿Había alguien en mi cocina?

—No he visto a naide, señora. —Y era del todo cierto, porque había tenido los ojos cerrados todo el tiempo—. No he visto a naide en su cocina.

—Bueno, aquí tienes el pan de maíz. Le puedes decir a Sadie que me ha gustado su receta. Le he hecho un par de cambios. Ya sabes, para refinarla.

—Sí, señora, se lo diré.

—¿Has visto a Huck? —preguntó.

—Lo he visto antes.

—¿Hace cuánto? —dijo.

—Un rato —dije.

—Jim, te voy a hacer una pregunta. ¿Has estado en la biblioteca del Juez Thatcher?

—¿En su qué?

—Su biblioteca.

—¿La sala ésa donde tié los libros?

—Sí.

—No, señora. He visto los libros, pero no he estao en la sala. ¿Po qué me lo pregunta?

—Oh, porque ha encontrado unos libros fuera de los estantes.

Me reí.

—¿Qué iba a haser yo con un libro?

Ella se rio también.

El pan de maíz venía envuelto en un paño fino y yo tenía que ir cambiando de sitio las manos todo el tiempo de tan caliente que estaba. Me pasó por la cabeza probarlo porque tenía hambre, pero quería que Sadie y Elizabeth lo probaran primero.

Nada más entrar por la puerta, Lizzie vino a mí corriendo, olisqueando el aire como un sabueso.

—¿Qué es eso que huelo? —me preguntó.

—Me imagino que será este pan de maíz —le dije—. La señorita Watson ha usado la receta especial de tu madre y la verdad es que huele bien. Me ha informado, eso sí, de que ha hecho un par de alteraciones.

Sadie se me acercó y me dio un beso en los labios. Me acarició la cara. Tenía la piel y los labios suaves, pero sus manos eran igual de ásperas que las mías por culpa de trabajar en los campos; seguían siendo agradables, eso sí.

—Me aseguraré de devolverle el paño mañana. Los blancos siempre se acuerdan de esas cosas. Te juro que creo que dedican un rato cada día a contar los paños, las cucharas, las tazas y esas cosas.

—Así es. ¿Te acuerdas de aquella vez que olvidé devolver el rastrillo al cobertizo?

Sadie puso el pan de maíz en el bloque de madera —un tocón, en realidad— que usábamos de mesa. Lo cortó. Nos pasó unos pedazos a Lizzie y a mí. Di un bocado y Lizzie también. Nos miramos.

—Pero si olía bien —dijo la niña.

Sadie cortó un pedazo muy fino y se lo metió en la boca.

—En serio, el talento de esa mujer no está en la cocina.

—¿Me lo tengo que comer? —preguntó Lizzie.

—No hace falta —dijo Sadie.

—¿Pero qué le vas a decir cuando te pregunte? —le pregunté.

Lizzie carraspeó.

—Señorita Watson, nunca en mi vida m'he comió un pan de maíz como ése.

—Mejor «nunca en la vida mía» —le dije—. Es la gramática incorrecta correcta.

—Nunca en la vida mía m'he comió un pan de maíz como ése —dijo.

—Muy bien —le dije.

Albert apareció en la puerta de nuestra cabaña.

—¿Sales, James?

—Salgo enseguida. Sadie, ¿te importa?

—No, ve —dijo.

Salí y caminé hasta la fogata, donde estaban sentados los hombres. Me dieron la bienvenida y me senté. Hablamos de lo que le había pasado a un fugitivo de otra granja.

—Sí, le han dado una buena paliza —dijo Doris. Doris era un hombre, pero a los esclavistas no parecía haberles importado cuando le pusieron el nombre.

—Van a ir todos al infierno —dijo el viejo Luke.

—¿Qué te ha pasado a ti hoy? —me preguntó Doris.

—Nada.

—Algo te debe de haber pasado —dijo Albert.

Estaban esperando a que yo les contara alguna historia. Por lo visto era algo que se me daba bien, contar historias.

—Nada, sólo que hoy he sido transportado a Nueva Orleans. Aparte de eso, no ha pasado nada.

—¿Qué? —dijo Albert.

—Sí. Fijaos, me he quedado adormilado hacia mediodía y al abrir los ojos estaba de pie en una calle a reventar, rodeado de carruajes de mulas y qué sé yo.

—Estás loco —dijo alguien.

Vi que Albert me hacía la señal de advertencia de que había blancos cerca. Luego oí movimientos torpes en los matorrales y supe que eran los chavales aquéllos.

—Os lo digo, m'he encontrao el sombrero colgao de un clavo. Yo no lo he puesto ahí, he dicho. ¿Cómo ha llegao ahí? Y m'he dao cuenta de que han sío las brujas. No las he visto, pero han sío ellas. Y una de las brujas, la que me se ha llevao el sombrero, me ha mandao a Nueva Orleans. ¿Os lo podéis creer? —Mi cambio de dicción alertó al resto de la presencia de los chavales blancos. Así pues, mi actuación para los chavales se convirtió en el marco de mi narración. Mi historia pareció menos inventada cuando se volvió un juego real con los chavales.

—No me digas —dijo Doris—. Pos a las brujas no hay que buscarles las cosquillas.

—Ahí llevas razón —dijo otro hombre.

Oímos que los chavales soltaban unas risillas.

—Así pues, estaba yo en Nueva Orleans, ¿y sabéis qué? —dije—. Pos que de pronto me aparece un brujo detrás. Y me dice: «¿qué haces tú en esta ciudadá?». Le digo que no tengo ni idea de cómo he llegao aquí. ¿Y sabéis qué me dice? ¿Sabéis qué me dice?

—¿Qué te dijo, Jim? —preguntó Albert.

—Me dijo: Jim, sé un hombre libre. Y me dijo que naide me iba a volver a llamar negro.

—Madre de Dios —gritó Flaco, el herrador.

—Me dijo el demonio que podía comprarme lo que quisiera por la calle. Que me podía comprar whisky si quería. ¿Qué sus parece?

—El whisky lo carga el diablo —dijo Doris.

—Da igual —dije—. De verdad da igual. Dijo que si lo quería era pa' mí. Y tó lo que quisiera. Pero me daba igual.

—¿Por qué? —preguntó un hombre.

—Primero, porque al sitio aquél me había mandao el demonio. No era real, era un sueño. Y porque no tenía guita. Así de simple. Así que el demonio chasqueó los dedos sucios y me mandó de vuelta a casa.

—¿Y por qué hizo eso? —preguntó Albert.

—Carajo, pos porque en Nueva Orleans no te pués meter en líos si no tienes guita, da igual que sea un sueño —dije.

Los hombres se rieron.

—Eso he oído yo también —dijo un hombre.

—Espera —le dije—. Me paíce que estoy oyendo a un demonio de ésos en las matas. Dadme una antorcha pa' que pueda dar luz a esas matas. A las brujas y a los demonios no les gusta estar rodeaos de fuego. Se derriten como manteca en una parrilla.

Nos reímos todos al oír cómo los chavales blancos salían pitando.

Después de pisar la noche anterior aquellos tablones que chirriaban, ya sabía yo que la señorita Wilson me haría clavarlos y arreglar el escalón suelto. Esperé hasta media mañana para no despertar a ningún blanco. Dormían como marmotas y siempre se quejaban de que se habían despertado demasiado temprano, daba igual cómo de tarde fuera.

Huck salió de la casa y se me quedó mirando unos minutos. Estaba pululando como cuando tenía algo en mente.

—¿Por qué no estás corriendo por ahí con tu amigo? —le pregunté.

—¿Quién? ¿Tom Sawyer?

—Ése será, supongo.

—Seguramente estará durmiendo todavía. Seguramente se ha pasao la noche despierto atracando bancos y trenes y cosas de ésas.

—¿Eso hace?